

LOS PEQUEÑOS MACABROS

YESENIA CABRERA



SHELLEY

Para Lupe, mi creadora

¡Mary Wollstonecraft Shelley está curada!, anunció el doctor con su voz estentórea. La fanfarria, el circo de hospital, exhibió a la paciente. Ella estaba atemorizada. No podía acceder a sus pertenencias todavía, iba vestida con la bata del hospital. Pronto podría ponerse su sombrero de enormes alas, como una mariposa posada en una violeta o una nomeolvides. Extrañaba ya sus botines, hechos por las manos de un hábil artesano. Suaves pero fuertes para caminar por la ciudad, coquetos pero útiles. Un equilibrio maravilloso entre un artefacto y una pieza de arte. Mary Wollstonecraft Shelley casi no podía creer la frase del doctor. ¿De verdad estaba curada? ¿Alguna vez había estado enferma? Mary creyó que nunca la dejarían salir.

El doctor Polidori la observaba con una sonrisa tétrica. Había felicidad en ella y, también, una sublime expresión de éxito. La paciente no le abrirá el cuello de un mordisco a nadie, ni intentará clavar las uñas en los ojos de un incauto. Mary Wollstonecraft Shelley, su vieja amiga, será de nuevo una mujer de sociedad. Podrá seguir casada con su gran amigo, el poeta. Él sabe que P. B. Shelley

ha olvidado luchar, mantenerse impávido ante las adversidades, incluso ha olvidado rezar al Dios Todopoderoso, siempre lleno de misericordia con sus hijos más fieles. Es comprensible, piensa el doctor Polidori. Las adversidades, el decaimiento en la salud de Mary, la pérdida de sus hijos en el vientre, el acecho constante de un Lord Byron enloquecido y perverso. P. B. Shelley ha sufrido, lo sabe bien el doctor, pero su labor ha tenido resultados. Le ha sido fiel a su amigo. Su esposa está recuperada, la pobre podrá volver a besarlo, a caminar tomada de su mano, a ser la hermosa señorita de siempre.

Eso sí, y tenía que decírselo a su amigo, Mary no podía acercarse a la literatura. No recomendaba, bajo ningún motivo, la lectura de un libro que no fuera la Biblia. Mucho menos podía dejar que volviera a crear. Ya se había hecho suficiente daño a sí misma, y eso sin contar las mentes desbocadas que habían perdido toda razón al leer las obras de la pobre y maldita Mary Shelley.

—Mi niña, alégrate, pronto llegarán tus cosas, podrás irte, ya está todo arreglado. Le he enviado una carta a tu esposo. Percy aún no me ha contestado, pero sé que, en cuanto la lea, estallará de felicidad y vendrá a recogerte tan rápido como una centella a lomos del Diablo. Oh, mi niña, ya estás curada —le dijo el doctor Polidori a Mary mientras sostenía sus manos, acariciándolas tiernamente. En su rostro se percibía la esperanza en la resurrección, en la vida después de la locura.

—¿Podré irme? ¿Al fin podré irme, doctor? ¿De verdad?

—¡Claro que podrás irte! Ya todo está arreglado, esa última ammm... dosis... de mi tratamiento te ha hecho tanto bien que, mira, ya he realizado todas las pruebas posibles y he comprobado cuán curada estás, mi querida amiga, mi Mary. ¡Podrás volver a casa!

Estaba casi en trance. Sus párpados se abrían y cerraban intermitentemente. Aún no podía creer la noticia. Los recuerdos llegaban y se iban. Recordaba haber estado postrada sobre una plancha de fría piedra, con el doctor a su lado y sus ayudantes moviéndose inquietos mientras conectaban aparatos, sirgas y tubos en su cuerpo. Ya no sentía dolor. La morfina hacía su efecto. Estaba tan concentrada que casi podía dejarse ir. Y lo hizo. Tan pronto sintió la descarga, sus músculos se crisparon y temblaron enloquecidamente, vio esas habitaciones de blancura y negrura intermitentes. Shelley vio también los castillos y los palacios, vio al Constructor Primigenio. Él habló con ella. Le dio la bienvenida y con su mano izquierda la bendijo.

La villa se alegró con la presencia de la bellísima esposa del poeta. Tras aquel tenebrista «año del no verano» la villa no había sido la misma. Pero ahora parecía que regresaban el júbilo y los colores después de tanto tiempo. Las salas se llenaron del jolgorio de la juventud. Las velas anunciaron la llegada de veladas e historias, de cuentos relatados con los estertores de una voz macabra, con la fina declamación de una voz bien afinada. Llegaría la música y la letra y la poesía... ¡pero no!, la servidumbre debía calmar sus ímpetus. Nada de poesía, nada de historias al anochecer, nada de cuentos de espantos ni monstruos ni fantasmas ni licántropos acechando a pobres corderitas de pechos turgentes asomándose por el corpiño. Nada de eso. La señorita venía a descansar, nada más. Las órdenes del Lord, quien había puesto a disposición de los esposos la villa, fueron tajantes: «Nada de literatura para Mary, pues se halla en un estado frágil y cualquier emoción fuerte podría turbar su salud».

¡Al menos habría música!, y el premio de consolación brotó de los labios de los sirvientes, al menos habrá música, al menos la escucharemos tocar el piano, cantar sencillas coplas, al menos tendremos eso. Y así fue, porque Mary, al verse obligada a abandonar las letras, la lectura y cualquier composición del lenguaje, por más sutil que fuera, se acercó a la música con vehemencia. Aporreó el piano, cantó hasta desgañitarse y desbarató un sinfín de instrumentos. Pero pronto pasó el maremágnum. La ex-poeta entornó los dedos frente al piano y tocó delicadas serenatas, arreglos suaves y bellos. La pasión, el ruido y la furia se apaciguaron en lo profundo de su alma nocturna. No quedaba otra cosa más que acercarse a la música y a su marido.

Shelley, Percy Bysshe Shelley, trajo a una amiga, otra más. Había hecho buenas migas con ella mientras la convalecencia de Mary hacía sus estragos. Percy confesó la aventura a su esposa, pero no se mostró contrito. Nada más normal para un poeta como él. Lamentaba mucho lo que había pasado con Mary, pero ella debía entender. Él, el gran poeta, tenía que mantenerse exaltado, al filo de terribles pecados para seguir siendo un verdadero poeta. Mary lo entendería, ella ya no podría encantarle como antes, nada de historias, cuentos, novelas. Nada de historias sobre hombres parados en riscos, admirando el fin de la raza humana. Ella debía disfrutar con lo bello y apacible, y encontrar así su disfrute.

Shelley además, ofreció un trato carnal para ella: podía ser tomada por sus amigos. Por Byron, si quería, por el mismísimo doctor Polidori... ¡Pero la mención del doctor convirtió el semblante relajado aunque dolido de Mary, en una turba de explosiones volcánicas! Su temperamento explosivo derrumbó su apacibilidad.

—¡No, a ese maldito doctor no me entregarás! ¡No, jamás!

Sobrevinieron los gritos, y después la morfina, los sedantes, la visita de Polidori, sí, y un tratamiento calmante para ella.

Mary no estaba loca, no se sentía así, su mente no estaba desatada. La tormenta, afuera, parecía presagiar lo peor. Ella, sin embargo, desde la cama, observó los nubarrones grises que se agitaban y desfilaban por la ventana. Una súbita corriente abrió los postigos y dejó que el frío penetrara en los huesos de Mary quien, acostada, sintió un enorme placer al saberse una con los elementos. Entonces llegaron los truenos. Y Mary los observó. «Aléjate de los libros, Mary, no te hacen nada bien». Y recordó con la caída de uno los dibujos de su padre, William, cuando preparaba el manuscrito de su novela *Caleb Williams*. Después llegaron los rugidos de los truenos, y también las voces de su madre, hablando furiosa ante una congregación de estúpidos hombres sobre la naturaleza del derecho y las necesidades de la mujer.

Mary vio las letras, las vio caer como veía la lluvia descender desde los cielos hasta emparar la tierra. Los aromas, el de la tierra húmeda y el de la tinta secándose, llegaron hasta ella. Con un trueno, gritó y anunció y volvió a gritar a la tormenta: «¡Si yo no puedo crear más, si no puedo leer ni escribir ni garabatear una frase siquiera, entonces seré lo que ya he creado!»». El cielo rugió una vez más y desde las nubes un relámpago zigzagueó por el éter hasta golpear a la escritora. Del humo y del fuego brotó, en un hálito, un gruñido terrible. La poeta levantó los brazos, y furiosa, emergió de su habitación como una tromba de muerte y llanto, de poesía y sangre.